

## LOS DE POR DENTRO

### LAS PRIMERAS VECES

Anoche conocí a un chico guapo y joven de narices. Le dedicaré otro post titulado «Cómo asaltar cunas en tres pasos», y puede que lo convierta en un curso monográfico que seguro tiene gran aceptación entre mis comadres. Pero eso será otro día.

La conversación con el apuesto mozo, el final de curso de los niños, la llegada del verano y que soy muy del reflexionar, me han empujado hoy hasta este, mi amado teclado, que llevaba un mes abandonado.

Una piensa que tampoco ha cambiado tanto desde los veinticinco. Pensamiento estúpido que corroboran tus compis de colegio cuando afirman que «estás igual», probablemente proyectando en ti lo que desean para ellos mismos. Y una mierda.

Si no te fijas, quizás pueda parecerte que esos pimpollos veinteañeros y tú no sois tan diferentes, pero míralos: huelen a libro nuevo, a juguete de Navidad, a vacaciones de verano. Ellos están llegando y tú llevas tiempo aquí. Podrías escribir el guion de sus próximos veinte años sin equivocarte demasiado. Pero no lo haces porque ahí está la gracia, en caminar a tientas y dibujar tu propio mapa.

Volviendo al tema, ni para mejor ni para peor, pero no estoy igual que a mis veinticinco, ni que a mis treinta y cinco. El cambio *por fuera* es fácil de ver. Ahí están las fotos: aquellas carnes prietas, la ausencia de ojeras y de estas malditas patas de gallo que no hay manera de difuminar digan lo que digan los fucking anuncios de Lancôme.

El *Pordentro* ya es otra cosa. Ay, el *Pordentro* ese que no se ve, PERO QUE SE NOTA.

Hay *Pordentros* muy jodidos, que viven de recuerdos y creen que aquellos momentos rollo Verano Azul de los 80 fueron lo mejor que les ha pasado y les pasará. Tendrán que vivir de rentas *veranoazulescas pa* los restos. Las ilusiones no existen en esos *Pordentros*, la vida para ellos es una sucesión de rutinas preacordadas entre sus karmas y sus carnes. Para esos *Pordentros* la felicidad es la ausencia de conflicto, sin más.

Y luego están los otros *Pordentros*, esos que con los años ganan en perspectiva y que, aunque no escarmentan en cabeza ajena (frase favorita de mi amada madre), han tenido tiempo de hostiarse mil veces con su cabeza propia. A esos *Pordentros* les mueve la ilusión: por ver a un amigo, por hacer un viaje, por ir a un concierto, por cortarse el pelo, por escribir...

Los *Pordentros* ilusionados y escarmentados saben que «también esto pasará», que de mal de amores no se muere, que hay noches en las que es mejor retirarse a tiempo, que hay que perdonar lo perdonable y empezar de cero mientras puedas.

No voy a hacer demagogias sobre lo maravilloso de la madurez, qué coño. Me molaba mogollón mi *Pordentro* (y ni os cuento mi *por fuera*) infantil, adolescente, juvenil. Pero sé que no volveré al primer beso de aquel verano del 86, ni

recorreré el mundo en mi Vespino. Ya no me dejaré anochecer en la playa mientras mis amigos juegan al vóley con las melenas al viento (actualmente calvicies incipientes). Ya no me matricularé en la Facultad de Derecho ni estrenaré mi carpeta de la Universitat de Barcelona (los de allí sabéis de lo que hablo), tan azul y tan nueva cada septiembre. Ya no descubriré Nueva York, ni iré a mi primer concierto.

A este *Pordentro* le toca buscar otras primeras veces. Ahora se tiene que currar la chispa de la vida porque la que venía de serie se agotó hace tiempo.

Sí, mi *Pordentro* está ilusionado, pero reconozco que mis momentos de felicidad máxima llegan cuando me subo a la máquina del tiempo y paso un *finde* sin hijos, con las amigas, enajenándome en el karaoke y volviendo a casa, zapato en mano, a la hora a la que normalmente me levanto.

Ayer le pregunté a aquel chaval qué quería ser de mayor. «Feliz», me dijo. Él (que olía a libro nuevo, a juguete de Navidad, a vacaciones de verano). Feliz. Quise decirle muchas cosas, como que más le vale serlo ya, desde anoche y para siempre.

Me encantaría decirle, a él y todos los de su especie juvenil, que la vida está hecha de etapas, que todas tienen su encanto, que con los años uno gana en experiencia, sabiduría, sosiego, y que no echo de menos aquellos años de tersura cutánea y cerebral.

Pero mentiría.

Mañana llega el verano y ahí seguiré, buscando más primeras veces, cada vez más difíciles y cada vez más escasas.

## ¿QUIÉN ERES?

¿De dónde sale la inspiración? ¿A qué agarrarse cuando el temido bloqueo se te echa encima? Preguntas sin respuesta, al menos para mí. Quizás disciplina, cabezonería y algo de valentía ante el terror de una página en blanco, de trescientas páginas en blanco, sirvan para algo.

La distancia, el silencio y la soledad también ayudan a observar desde lejos y, al mismo tiempo, a sumergirse hasta las propias raíces, esas donde se esconde lo que una quiere contar, que a veces no es lo mismo que lo que quiere escribir. El vértigo, el miedo y la adrenalina ante un nuevo relato del que tú eres la única responsable son algo difícil de entender incluso para la que lo crea.

Desde la ciudad llena de rascacielos en la que escribo estas líneas echo de menos el abrigo de la rutina, de mis recorridos diarios e, incluso, de mi comida. Y de mi gente, sobre todo de mi gente. Extraño enormemente la noche del verano madrileño. Pero también sé que todo eso me sobra para ser lo que ahora necesito ser: madre de un cuento que aún no existe.

Lo mismo sería aplicable para tantas otras situaciones en las que el único camino válido hasta la meta es uno hecho de incertidumbre, entusiasmo, dolor, pereza, tristeza, felicidad, locura, nervios y hambre de trascendencia. Queremos formar parte de algo más grande que nosotros, y eso es a ratos una gran mierda y a veces un placer celestial. No deja de ser un parto.

Los hay que se aíslan en medio de un lugar solitario. Otros preferimos bucear en los estímulos de lugares tremenda-

mente concurridos y extraños, donde las historias hierven en cada esquina, donde podemos cocinarlas junto con esas otras historias que andan por aquí dentro, esperando a que llegue la chispa adecuada. Será que tenemos poca vida interior, quién sabe.

Respirar, comer, dormir, escribir y poco más. Algunos ropajes en el armario. Queso, uvas y chocolate en la nevera. Mucho papel, muchos bolígrafos de colores, pósits por todas partes. Cantidades ingentes de té negro y una vela que les dará olor a las andanzas de esos personajes que tomarán vida propia, que te desafiarán porque quieren que te enfrentes a lo desconocido, que son ellos y que eres tú.

Te desesperarás porque las tramas no encajan, porque no eres capaz de diseccionar las emociones como deberías, porque en qué momento se te ocurrió que escribir era una buena idea. Pero es que no podías no escribir.

Llegará un momento en el que no distingas quién le está dando forma a quién, dónde ubicar la línea entre realidad y ficción. Porque tú no tienes ni puñetera idea de quién eres ahora, so ignorante. Tendrás alguna pista mientras reescribes por quinta vez.

Andarás cerca de la verdad cuando veas tus entresijos expuestos en la estantería de los apellidos que empiezan por A. El primer lector te escribirá para contarte que tus letras ya no son tuyas, sino tuyas, que leerte era lo que necesitaba en ese momento y que tu cuento ha sido su chispa adecuada. Y olvidarás el miedo, el sufrimiento y la soledad. Sabrás quién eres.

## TODO ES MENTIRA

Es mentira que en algún momento llegamos a un sitio y ya está todo hecho. Es mentira que los hijos dan la felicidad si no la tenías de antes; es más, a veces, la devoran sin remedio.

Son mentira las familias perfectas de Instagram.

Es mentira que el mejor de la clase es el que saca las mejores notas. Es mentira que los mejores de la clase tendrán el mejor trabajo. Es mentira que el mejor trabajo es el mejor pagado.

Es mentira que puedes controlar los sentimientos de los otros, así que más te vale dejar de currarte el amor del prójimo o acabarás hecho mierda. Mejor lánzate sobre el amor propio. Es mentira que eres lo que haces y vales más cuanto más haces.

Es mentira que no se puede vivir del arte y es mentira que hay vida sin arte.

Debemos sentir que pertenecemos a un lugar, echar de menos lo conocido, no podemos reinventarnos del todo, hay que tener un lugar al que volver: mentira. Es mentira que hay que conformarse con lo que tienes aunque no te satisfaga, porque todo el mundo lo hace. Es mentira que todo el mundo se conforma, pero como los quejicas hacen más ruido, los vemos más. Qué coñazo. Los felices van a lo suyo, no te golpean el hombro con su frustración.

Son mentira los todos, los nadie, los siempre y los nunca.

Es mentira el amor romántico eterno. Son mentira la estabilidad y lo seguro, porque la vida se guarda manotazos inesperados ante los que solo puedes flotar. Es mentira que los que deciden no le tienen miedo a nada, se lanzan a pesar de él.

## EL AMOR, BARCELONA, LAS CHIMENEAS

Ayer fui a Barcelona a comer con un amigo de esos a los que quieres desde un lugar donde hay poca gente. Hablamos de lo guapo que era Paul Newman, de sus párpados, de que me flipan los antebrazos de los tíos, tan fuertes y con venas; de que le encantan las nuca de las tías, las coletas que dejan al descubierto ese trozo de cuello suave y pecaminoso, los gestos indeterminados; de cómo podemos joderles (o no) la vida a nuestros hijos; de lo maravillosas que son las casas con chimenea. Le recordé que uno de mis deseos año tras año es tener una, y que es una pena que no haga más frío en su pueblo, porque en su casa hay chimenea, pero la enciende poco. Subir la leña a un tercer piso no acaba de ser apetecible. Le dije, varias veces, lo bonitas que son sus manos. Le confesé que me enamoré de un puertorriqueño guapérrimo que me dejó hecha mierda y que también tenía unas manos preciosas, y unos ojos preciosos, y una boca preciosa, aunque por dentro no era tan precioso. Decidimos, mirando fotos antiguas, que veinte años pasan volando, que estamos estupendos: él porque hace deporte, yo porque me lleno la cara de cremas y pinchazos. Supimos que la humanidad volverá al campo, porque lo de los móviles puede llegar a ser una mierda muy grande. Me contó que las vacas, por raro que parezca, contaminan mucho, que hay un tío que saca filetes de células madre y eso no pinta nada bien. Y él lo contaba haciendo círculos en la mesa con sus dedos. Porque él lo convierte todo en líneas con esas manos preciosas. En ese mundo futuro nosotros seríamos vegetarianos perdidos porque no podríamos matar ni una mosca, ni un *ratolí*. Nos quejamos del poco *caliu* que tiene Andorra, que no se dignan a abrir una cafetería de madera, con

sillones blanditos y, de nuevo, chimenea. Las chimeneas son vida, está claro. Siempre nos quedará el hotel Hermitage, con su música sublime.

Él afirmó que es el amor lo que mueve el mundo. Le di la razón, asintiendo, pensando en lo muchísimo que le quiero. No se lo dije. Se lo escribí luego. Quizás los móviles no son tan mierda. O quizás yo debería hablar más y escribir menos. Ventilamos las mierdas íntimas, que son muchas y muy malolientes. Y a él se le saltaron unas lágrimas por mis mierdas malolientes. Cómo agradecí esas lágrimas. No se lo dije. Ni se lo escribí. Lamentamos lo cortos que son esos encuentros nuestros que le dan sentido a la vida, que son la vida misma. La felicidad estaba allí, sentada con nosotros en ese restaurante vegetariano de la Barceloneta, aplaudiendo como las locas.